

LIBRO OCTAVO

ARGUMENTO ANALÍTICO

De las revoluciones y de los cambios ocasionados por sediciones en los Estados republicanos. — Causas generales. — Nacen de cosas menudas. — De las revoluciones en las democracias, las oligarquías y las aristocracias. — Medios preventivos para todas. — De los peligros a que se halla expuesta la monarquía. — Medios de salvarla. — De la tiranía. — Sistema de Platón sobre las revoluciones, tal como lo expone él mismo en su *República*.

CAPÍTULO PRIMERO

1. — Puede decirse que hemos agotado la materia que queríamos tratar. Nos falta ver cuál es el número y la naturaleza de las causas que producen las revoluciones; cuáles son las degeneraciones propias de cada especie de gobierno; qué modificaciones produce el cambio de una forma dada; por último, cuáles pueden ser, en general, los medios de salvación para todos los gobiernos, y para cada uno de ellos en particular.

2. — Empezando por el principio, digamos ante todo que un gran número de sociedades políticas fueron formadas por hombres que, si bien todos adoptaron ideas de justicia y de igualdad proporcional, se equivocaron lamentablemente como ya

hemos dicho¹. En efecto, la democracia vino de que los hombres, por ser iguales en algunas cosas, creyeron serlo en todo y en absoluto; siendo igualmente libres, imaginan que hay entre ellos una absoluta igualdad. La oligarquía viene de que los hombres, no siendo todos iguales en algún concepto, pretenden no serlo en nada y suponen que entre ellos la desigualdad es absoluta.

3. — De aquí resulta que los unos, con el pretexto de que todos son iguales, pretenden tener en todo igual derecho, y que los otros, creyéndose desiguales, aspiran a obtener ventajas, pues quien dice más dice desigual. Hay pues en los dos gobiernos un fondo de justicia, pero hay a la vez un error capital en uno y otro. Por este error común excitan unos y otros las revueltas cuando no gozan de los derechos políticos en la medida que pretenden. Los que podrían razonablemente excitar sediciones, y no lo hacen jamás, son los hombres de una virtud eminente, pues sólo por ellos y para ellos sería justa la desigualdad. Entre tanto hay hombres que, teniendo sobre los demás la ventaja de un nacimiento ilustre, todavía les parece poco, pues se creerían deshonrados si aceptaran la igualdad en cualquiera otro concepto. El vulgo tiene por nobles a los que deben a sus antepasados timbres y riquezas.

4. — Tales son las causas generales de las revoluciones; tales son sus orígenes, y por lo mismo son de dos maneras. Unas veces los ciudadanos se alzan contra el gobierno para imponer un cambio de constitución, para cambiar la que exista, sea cual fuere,

1. En el lib. III, cap. VI, § 1.

es decir, para trocar la democracia en oligarquía o la oligarquía en democracia, o ésta en República y en aristocracia, o recíprocamente. Otras veces no es el alzamiento contra la forma de gobierno establecida, sino que se consiente en dejarla subsistir, pues los descontentos lo que quieren es gobernar ellos mismos como se ve en la oligarquía y en la monarquía.

5. — Sucede en ocasiones que todo es por el más o por el menos : se quiere que el principio de la oligarquía sea más o menos concentrado, o que la monarquía sea más o menos absoluta. Lo mismo sucede en las otras formas de gobierno, según se tenga el propósito de darles o de quitarles fuerza, de afirmarlas o de debilitarlas. También ocurre que la revolución ataque solamente a una parte de la constitución, como cuando se quiere establecer o abolir una magistratura. Así fué en Lacedemonia, cuando Lisandro¹ conspiró para abolir la realeza y cuando el rey Pausanias² conspiró para abolir la magistratura de los éforos.

6. — En Epidamna³, el gobierno cambió sola-

1. Lisandro vencedor se apoderó de Atenas, donde estableció el gobierno de los treinta tiranos. Todopoderoso entonces en su patria, dicen que se preparaba a someterla y oprimirla cuando lo mataron en un combate librado por los Espartanos a los Tebanos delante de Haliarte. Ocurrió el hecho en el año primero de la 96.ª olimpiada, 396 años antes de J. C.

2. Pausanias gobernó el reino durante la minoridad de Plistarco, hijo de Leónidas. Tuvo gran parte en la victoria de Platea y en la liberación de las ciudades griegas de la costa de Asia; tomó a Chipre y a Bizancio, pero empañó su gloria queriendo tiranizar su patria. Escuchó las proposiciones de Jerjes, que le ofreció la mano de su hija y el dominio de Grecia. Denunciado al Senado fué condenado a muerte. Se refugió en un templo de Minerva, cuyas puertas fueron tapiadas en seguida, y allí murió de hambre 477 años antes de J. C.

3. Ciudad de la Iliria antigua que tuvo diversos nombres, hoy Durazzo, en el Adriático, frente a frente de Brindisi, ciudad de Italia.

mente en parte; no se hizo más que substituir los filarcas (jefes de tribu) por un Senado que se estableció. Todos los magistrados que forman parte del gobierno están obligados a concurrir a la asamblea general llamada heliada cuando en ella se emiten los sufragios para establecer alguna magistratura nueva. También es institución oligárquica la existencia de un arconte, jefe perpetuo en esta República. En todas partes la desigualdad produce revoluciones, si no hay compensación proporcional para los que no tienen privilegios. En efecto, la monarquía perpetua destruye la igualdad de los ciudadanos, y el restablecimiento de la igualdad es, generalmente, el objeto de todas las revoluciones.

7. — Hay dos clases de igualdad: la igualdad en número y la igualdad proporcional. Llamo igualdad en número a lo que es idéntico e igual en cantidad y en tamaño; llamo igualdad proporcional a la relatividad. Por ejemplo, de tres a dos y de dos a uno, la diferencia es uno, es decir, igual en número; pero de cuatro a dos y de dos a uno la diferencia es igual en proporción, puesto que es la mitad. Ahora bien, los ciudadanos están conformes en mirar como buena la igualdad absoluta, pero no consideran justa la proporcional, como se ha dicho precedentemente; los unos, porque si son iguales en alguna cosa imaginan que deben de serlo en todo; los otros, porque si tienen superioridad en algo pretenden ser dignos de todos los privilegios.

8. — He aquí por qué hay esencialmente dos

El puerto de Epidamna era el más frecuentado para pasar de Grecia a Italia.

clases de gobierno, la democracia y la oligarquía, pues la nobleza y la virtud no son cosas que tenga todo el mundo, sino muy pocas personas; las cualidades contrarias son más comunes. En ninguna parte se encontrarán cien individuos que sean nobles y virtuosos, pero en todas partes se ve una masa de pobres sin nobleza ni virtud. Por otra parte, es difícil establecer una u otra igualdad de una manera absoluta, como lo hacen ver los resultados, pues ninguna de esas constituciones es duradera. Y es que, partiendo de un principio falso, es imposible que no resulte a la postre algún grave inconveniente. Por todo lo cual es necesario admitir para ciertas cosas la igualdad en número, y para otras la igualdad proporcional.

9. — Sin embargo, la democracia es más estable y menos expuesta a las revoluciones que la oligarquía, porque en las oligarquías puede nacer la discordia, de las disensiones entre los oligarcas o de las que surjan entre los mismos y el pueblo, mientras que en las democracias no hay más sublevaciones que contra la oligarquía. El pueblo no se rebela jamás contra sí mismo; o a lo sumo, tales rebeliones carecen de importancia. Además, una República administrada por hombres de la clase media, se acerca más a la democracia que aquella otra en que unos cuantos hombres disponen ellos solos de toda la autoridad.

CAPÍTULO II

1. — Ya que tratamos de saber en qué circunstancias nacen los cambios de gobierno y las revoluciones en los Estados, veamos primero cuáles son las causas que los producen. Tres son las causas y es útil determinar sus caracteres. Conviene observar cuál es el estado de cosas que produce las revoluciones, por qué nacen y, en tercer lugar, cuáles son los principios que engendran disturbios y sediciones. En general, puede tenerse por causa principal de la predisposición a un cambio, la que ya hemos dicho : los que aspiran a la igualdad se agitan, si a pesar de la igualdad de derechos se creen inferiores en algún concepto a cierta clase privilegiada; y los partidarios de la desigualdad y el privilegio turban la paz, si suponen que no tienen en el poder más parte que los otros.

2. — Semejantes pretensiones son justas algunas veces, y otras veces injustas, porque las sediciones surgen de dos lados : por un lado, los que estando en situación inferior aspiran a la igualdad; y por otro lado, los que siendo iguales pretenden ser superiores. Esta es la disposición de espíritu que da ocasión a turbulencias. Los motivos, pues, de todos los disturbios son el interés y los honores, pues por ganarlos o por no perderlos es por lo que se agitan y se revuelven unos y otros ciudadanos.

3. — Las causas y los principios de estos movimientos políticos, traídos por los deseos que hemos señalado, son en número de siete y algunas veces más. Ya hemos indicado dos; pero las causas no

obran siempre de la misma manera. Por ejemplo : si los ciudadanos se irritan unos contra otros por motivos de interés y de ambición personal, esto no quiere decir que siempre quieran adquirir ellos mismos, empleos, riquezas y honores, sino que les mortifica ver cómo otros los adquieren, ya con razón justificada, ya sin título alguno y sin ningún derecho. Agréguese el ultraje, el temor, la superioridad, el menosprecio, el desproporcionado crecimiento de una parte del Estado, y, en otros conceptos, las cábalas, intrigas, negligencias, o los descuidos (que dejan crecer las cosas más menudas) y la diferencia de costumbres.

4. — Es fácil notar lo que influyen en tales causas la violencia y la codicia, y en qué grado contribuyen a las revoluciones. Cuando los gobernantes se entregan a violencias y por todos los medios tratan de satisfacer sus ambiciones, los ciudadanos se sublevan contra ellos, contra los magistrados, contra todos los que ejerciendo el poder cometen, consienten o no reprimen ultrajes semejantes. La codicia de los que gobiernan se satisface a costa de los particulares o a expensas del Estado, y en ambos casos en detrimento de la moral pública. Igualmente se ve lo que pueden los honores y cómo son motivo de levantamientos. Los que se ven privados de empleos y distinciones se indignan al ver que se conceden a otros con injusticia o con prodigalidad, y se sublevan. En este concepto hay tanta injusticia en que obtenga dignidades el que no las haya merecido, como en no otorgárselas a quien tenga derecho y las merezca. El mismo efecto resulta cuando uno solo o varios tienen demasiado influjo o preponderancia excesiva

en el gobierno, pues esto lleva a la monarquía o a la oligarquía.

8. — Por esto se estableció el ostracismo en algunos Estados, como en Argos y en Atenas. Es preciso atajar estos abusos desde sus primeras manifestaciones, antes que constituyan regla y sea tarde para remediarlos. El temor también es causa de sediciones, cuando los ciudadanos, temiendo atentados o injusticias, quieren evitarlos antes que se cometan. Así fué en Rodas, cuando los ciudadanos eminentes formaron una liga contra el pueblo, temerosos de que éste les impusiera límites, para conservar su libertad de acción y substraerse a los procesos de que se sentían amenazados.

6. — El menosprecio es causa de revolución, en las oligarquías singularmente, cuando la mayoría de los ciudadanos, excluída de toda participación en el gobierno, acaba por penetrarse de que ella tiene la fuerza. Y en las democracias, cuando los ricos acaban por despreciar el desorden y la anarquía. Esto es lo que sucedió en Tebas, donde fué abolida la democracia por la mala administración del pueblo, después de la batalla de Enófitas¹; y en Megara², donde

1. Ciudad de Beocia, donde los Atenenses, mandados por Mironides, batieron a los Beocios el año cuarto de la 80.^a olimpíada, 458 años antes de nuestra era.

2. Teagenes, jefe del partido popular, acusó a los ricos de favorecer al partido de los Lacedemonios contra los Atenenses y los hizo expulsar de la ciudad. Entonces los expulsados, sostenidos por Brásidas, general de los Lacedemonios, se hicieron dueños de Megara. El partido oligárquico se apoderó del gobierno y publicó un decreto de amnistía u olvido de lo pasado. Era un ardid de mala ley. Contando con el perdón y el olvido, volvieron pacíficamente los demócratas y fueron asesinados; felonía digna de conservadores (antiguos y modernos). La oligarquía, dice Tucídides, se mantuvo en Megara mucho tiempo desde aquel asesinato. Indignados los Ate-

los desórdenes y la anarquía trajeron otro desastre y en Siracusa, antes de la tiranía de Gelonio¹; y, por último, en la isla de Rodas, antes de la revolución en que triunfaron los ricos².

7. — También hay revoluciones cuando una parte del Estado adquiere un crecimiento desmedido. Todo cuerpo se compone de partes que deben crecer en proporción y con regularidad para que se conserve la armonía y subsista el equilibrio de fuerzas. El cuerpo humano, por ejemplo, se degradaría si cada pie creciera cuatro palmos y el resto del cuerpo nada más que dos; y aun podría tomar la forma de otro animal, si la desproporción del crecimiento no estuviera solamente en la cantidad, sino en la calidad. El Estado se compone de partes, y pueden crecer unas partes más que otras, como la clase pobre en las democracias y en las Repúblicas.

8. — Así ocurre algunas veces, por efecto de acontecimientos fortuitos, como en Tarento poco después de la guerra médica; la República se transformó en democracia, porque los ciudadanos ricos perecieron

nienses por aquella traidora revolución o contrarrevolución que había destruido la democracia, prohibieron que los habitantes de Megara pusieran el pie en Atenas, bajo pena de la vida. Los oligarcas megarenses pretendían, sin embargo, que la ejecución de los demócratas había sido legal, porque hubo, en efecto, la vana formalidad de un juicio contra los demócratas que se presentaron confiando en la amnistía.

1. Los geómoras (propietarios de las tierras), perseguidos por el pueblo de Siracusa, recurrieron al poder y al prestigio de Gelonio, a quien nombraron jefe. (Herodoto, I, VII, cap. CLV.)

2. Rodas rompió cuatro veces la alianza contratada con los Atenenses. Al último rompimiento siguió la guerra social, que dió la victoria a los magnates el año 355 antes de la era cristiana. Oprimido el pueblo por los potentados vencedores, pidió auxilio a los Atenenses. Demóstenes pronunció entonces un discurso célebre en favor de los Rodios.

casí todos en una gran batalla¹. Y lo mismo sucede en Argos, después de la matanza de los ciudadanos por Cleomenes el Lacedemonio²; en Atenas, a consecuencia de las pérdidas que sufrió la infantería, quedó muy disminuída la clase elevada, pues una leva la obligó a servir durante la guerra del Peloponeso³. Esto sucede también en las democracias, pero menos: cuando aumenta en ellas el número de ricos y las fortunas particulares crecen, el gobierno se trueca en oligárquico o enteramente arbitrario.

9. — Las intrigas, aun sin disensiones, bastan a veces para producir cambios de constitución; en Ferea⁴, por ejemplo, hubo que abandonar la elección por sorteo en vista de que siempre resultaban elegidos los intrigantes. La negligencia también es causa de revolución, cuando se deja elevarse a las altas magistraturas a los que no son amigos del gobierno; esto ha sucedido en Orea⁵, donde se abolió la oligarquía desde que se hizo arconte a Heracleodoro, siendo demócrata, pues lo primero que hizo fué cambiar la oligarquía en democracia y República. Se necesita de

1. Esta batalla se dió en el año cuarto de la olimpiada 76.ª La describe Diodoro de Sicilia en el lib. II, cap. LII. Y Herodoto, en el lib. VII, cap. CLXX, habla también de aquella derrota de los Tarentinos.

2. Herodoto cuenta los detalles de la expedición de Cleomenes contra Argos (l. I, cap. LXXVI). Esta victoria data de la 64.ª olimpiada, 524 a. de J. C. Véase también Pausanias (l. II, cap. xx).

3. Esta guerra del Peloponeso fué ocasionada por la ruptura entre Corcira y Corinto, que era su metrópoli. Pero la verdadera causa no fué otra que la rivalidad existente de Atenas con Esparta. Los Atenienses defendían la causa de Corcira, los Espartanos la de Corinto. Los Espartanos tenían por aliados a casi todos los pueblos del Peloponeso, los Atenienses a todos los griegos de Asia y del Helesponto. Esparta era más fuerte en la tierra, Atenas en la mar.

4. Herea, ciudad de la Arcadia.

5. Orea, colonia ateniense de la Etolia.

muy poca cosa, algunas veces, para que resulte una revolución; digo poca cosa, porque basta una alteración cualquiera en la legalidad, en la que algunas veces no repara nadie. En Ambracia² era tan mínimo el censo, que se acabó porque votaran todos los que no pagaban nada, como si entre nada y algo no hubiera diferencia.

10. — Las diferencias de origen también son causa de revolución, mientras no se opera la fusión de razas. Tal ha sido la razón por la cual, los que han admitido por ciudadanos a extranjeros domiciliados y a colonos, han estado expuestos a sediciones, como los Aqueos que en unión de los Trezenios fundaron a Sibaris². Cuando los Aqueos se sintieron fuertes echaron a los otros; pero este crimen lo expiaron los Sibaritas no mucho más tarde. En Bizancio, convictos de conspiración los extranjeros, viéronse obligados a desalojar el territorio, no sin resistencia.

11. — Los de Apolonia, en el litoral del Ponto Euxino³, fueron desterrados por los Samios a quien habían admitido entre ellos; y los Siracusanos, después de la abolición de la tiranía, en pago del derecho de ciudadanía concedido generosamente a los forasteros y a los mercenarios, tuvieron que reprimirlos en sus pretensiones. En Anfípolis, casi todos los ciudadanos fueron echados de la ciudad por los Calcídios⁴, después de haberlos admitido como conciudadanos. — En las oligarquías, la multitud se revuelve porque considera una injusticia no compartir los

1. Ciudad del Epiro, colonia de Corinto.

2. Ciudad del Sur de Italia, en la entrada del golfo de Tarento.

3. Mar Negro. — Apolonia era una colonia jónica.

4. Véase más adelante, en este mismo libro, el cap. V, § 6.

privilegios a que le da derecho la igualdad; y en las democracias, los hombres distinguidos son los que se agitan y revuelven porque no tienen más poder que los demás ciudadanos, a los que ellos no consideran iguales.

12. — También es causa de turbulencias la posición topográfica, si el suelo no permite que la ciudad sea una. Es lo que pasaba en Clazomenes¹, donde los habitantes de Quirum, barrio situado en el continente, eran enemigos de los moradores de la isla. Otro tanto ocurre en otras ciudades, siempre en lucha con los vecinos de los arrabales. Hasta en la misma Atenas, los que viven en el Pireo son más demócratas que los de la ciudad. En las guerras, basta un canal aun siendo angosto para separar y dividir las falanges de un mismo ejército. Como se ve, la más pequeña diferencia local puede producir una diferencia moral. Con todo, el más fuerte motivo de desunión y de disenso se halla en la virtud y el vicio, en la riqueza y la pobreza, con otras concausas más o menos influyentes, entre las cuales debe contarse la que acabo de decir.

1. Ciudad en una isla del mar Jónico, junto a la costa del continente a la entrada del golfo de Esmirna. Quirum o Chytrum, al decir de Estrabón, era un pueblo famoso por sus baños. De los baños de Chytrum habla también Pausanias. En la época de la invasión de los Persas, una multitud de Jonios se refugiaron en una islita situada cerca de Chytrum (Clazomenes) y fundaron allí una ciudad poderosa.

CAPÍTULO III

1. — Así pues las revoluciones surgen, no por cosas pequeñas, sino por pequeñas causas; el objeto de ellas siempre es importante, aunque las causas determinantes sean minúsculas. Todas las causas, por mínimas que sean, cuando se rozan con los jefes del Estado o con sus intereses, adquieren verdadera gravedad. Se vió en Siracusa en los pasados tiempos : hubo un cambio de gobierno por una rivalidad de amor entre dos jóvenes magistrados. Uno de ellos hizo un viaje, y el otro se aprovechó de su ausencia para ganar la afección de un mancebo a quien su colega amaba. Cuando el ausente volvió quiso vengarse y enamoró a la mujer de su rival. Todos los magistrados se interesaron en la contienda, tomando partido por el uno o por el otro, de donde resultó una lucha general.

2. — Esta es la razón que obliga a tener cuidado con las disensiones desde su comienzo, aunque sean motivadas por causas nimias, procurando terminar por una conciliación todas las diferencias que se manifiesten entre los ciudadanos influyentes y los jefes del Estado, pues el mal está en el principio de las desavenencias. Como suele decirse, el comienzo es la mitad del todo; de suerte que un pequeño error al comenzar influye en todo lo restante. Generalmente, las discusiones entre los personajes más notables se transmiten a la ciudad entera y acaloran a todos los ciudadanos, como pasó en Hestiea¹,

1. Villa de Euboea.

después de la guerra de los Medas, con la cuestión surgida entre dos hermanos ocasionada por la herencia de su padre. Uno de ellos era pobre, y al ver que el otro no declaraba la fortuna paterna, amotinó a la plebe contra él. Con el otro, que era rico, se unieron todos los ricos prestándole su apoyo.

3. — En Delfos, una simple disputa con ocasión de un casamiento fué el principio de las sediciones que estallaron como consecuencia; un presagio siniestro hizo que el novio, a última hora, desistiera de casarse, y los padres de la novia para vengar la ofensa colocaron en el equipaje del novio algunos vasos sagrados; fué condenado a muerte por sacrílego. En Mitilene, los disturbios ocasionados por una herencia particular fueron el principio de sediciones, desgracias y una guerra con los Atenenses.

4. — Entre los Focios ocurrió lo mismo; el casamiento de una heredera rica suscitó disensiones entre dos familias, de las cuales resultó la guerra sagrada. En Epidamne¹, también hubo una revolución ocasionada por un matrimonio: cierto ciudadano prometió su hija a un mozo que la solicitaba; el padre del novio desempeñaba una magistratura y le impuso una multa al padre de la novia, quien, creyéndose ultrajado, sublevó en su favor a todos los que no tenían derechos políticos.

5. — El gobierno puede cambiarse en oligarquía, en democracia o en República, sencillamente porque alguna magistratura o alguna clase del Estado reciba exagerados honores o tome demasiado ascendiente. El ejemplo lo tenemos en el Senado del Areópago,

1. Puerto célebre de la antigua Iliria, hoy Durazzo.

que habiendo adquirido una gran reputación¹ durante la guerra médica, pareció ejercer la autoridad con demasiado rigor. A su vez la gente del pueblo que servía en el mar, habiendo contribuido principalmente a la victoria de Salamina y por ella a la supremacía de Atenas, debida a la superioridad naval, quiso robustecer la democracia. En Argos, los nobles, que se habían distinguido tanto en la jornada de Mantinea² donde consiguieron una ventaja decisiva sobre los Lacedemonios, intentaron abolir el gobierno popular.

6. — En Siracusa, el pueblo, que había conseguido la victoria en la guerra con los Atenienses, cambió la República en democracia³. En Calcis⁴, el pueblo exterminó al tirano Foxus⁵ y a sus nobles, apoderándose del gobierno. Y lo mismo en Ambracia, donde el pueblo se deshizo del tirano Periandro⁶, a quien expulsó con el concurso de los conjurados, y se hizo dueño de la autoridad.

7. — En general, y es bueno saberlo, todos los que aumentan el poder de su patria, sean magistrados

1. Esta reputación del Areópago le dió al gobierno de Atenas una tendencia aristocrática, remediada por Pericles al establecer instituciones más conformes a la democracia. — Véase en *La Política* el cap. IX, § 2.

2. La batalla de Mantinea, en la que pereció Epaminondas, se dió el año segundo de la 104.^a olimpiada, 362 años antes de J. C.

3. Este cambio se operó por medio de una ley, en virtud de la cual se daban las magistraturas por sorteo entre todos los ciudadanos, sin excluir a los pobres como antes sucedía. (Diodoro de Sicilia lib. XIII, cap. xxxiv.)

4. Capital de la isla de Eubea.

5. El tirano Foxus no es conocido más que por esta cita de Aristóteles.

6. Se cree que este Periandro, tirano de Ambracia, en Epiro, debía de ser pariente del Periandro tirano de Corinto que fué uno de los siete sabios.

o simples particulares, sean tribus o una clase cualquiera de la sociedad, se hacen causas de perturbación o sedición : empiezan a provocarla los que envidian su gloria, cuando no ellos mismos, orgullosos y engreídos, creyéndose superiores y no queriendo reconocer iguales. Otra causa de perturbación en los Estados es que las clases opuestas sean iguales entre sí, por ejemplo, ricos y pobres, si la clase intermedia es poco numerosa o ni siquiera existe, pues si una cualquiera de las clases opuestas es más fuerte, la otra no se atreve a nada. He aquí por qué los hombres superiores en virtud casi nunca provocan turbulencias, pues siempre son una escasa minoría. Quedan expuestas las principales causas de las revoluciones y cambios de gobierno.

8. — Hay revoluciones producidas por la fuerza y otras engendradas por la astucia. La fuerza es visible desde antes o se muestra en el instante mismo. La astucia puede obrar de dos maneras; unas veces comienza por seducir a los ciudadanos, cambia con su consentimiento la constitución del Estado y luego los reprime por la fuerza; es lo que sucedió en tiempo de los cuatrocientos¹ : se engañó al pueblo de Atenas, diciéndole que el rey de Persia daría dinero para guerrear con los Lacedemonios, creyendo los

1. El consejo de los Cuatrocientos fué instituído en Atenas 411 años a. J. C., para substituír a la asamblea del pueblo. Aquellos cuatrocientos individuos se convirtieron muy pronto en verdaderos tiranos : se rodearon de satélites, suprimieron el Senado y se negaron a llamar a Alcibiades y a los demás que estaban en el destierro. Habiendo dejado que los Lacedemonios derrotaran a la flota ateniense y tomaran a Eubea, se desacreditaron; el ejército, que se encontraba en Samos, se sublevó, tomando por jefe a Alcibiades; y el pueblo de Atenas los echó. Los cuatrocientos habían ejercido el poder durante cuatro meses.

impostores que con tal mentira conservarían el poder para alcanzarlo, sí les valió la impostura, mas no para conservarlo. Otras veces, después de obtener un primer consentimiento del pueblo, se le pide que renueve su adhesión; y esta obediencia voluntaria, que hace pasar al pueblo por adicto, perpetúa la duración del gobierno. Las causas que hemos enumerado, con todas las formas de gobierno son generatrices de revoluciones.

CAPÍTULO IV

1. — Nos falta ahora observar lo que resulta de las causas expresadas, aplicándolas en particular a cada forma de gobierno. Lo que, más que nada, contribuye a las revoluciones en las democracias, es la perversidad y la insolencia de los demagogos: a fuerza de difamar a los ricos, obligan a éstos a concertarse, a ligarse entre sí, y los que están más divididos se unen, mientras la multitud se desconcierta irritada por los mismos demagogos, como puede verse en gran número de Estados.

2. — En Cos¹, por ejemplo, el gobierno democrático fué sustituido cuando la perversión de algunos demagogos hizo que los ricos se coligaran. Lo mismo en Rodas: los caudillos del pueblo invertían los caudales públicos en pensiones y gratificaciones otorgadas a los pobres, impidiendo así que se pagara a los jefes lo que les correspondía y poniéndolos en el caso de sublevarse para suprimir

1. Herodoto, lib. VII, cap. CLXIII.

la democracia. También fué ésta abolida en la ciudad de Heráclea, por culpa de perversos demagogos, cuando la colonia acababa de fundarse. Los ciudadanos más distinguidos, cansados de injusticias y molestias, salieron de la ciudad; pero en seguida se juntaron para volver a ella, y cuando volvieron cambiaron el gobierno popular.

3. — Casi de igual manera fué abolida la democracia en Megara. Los jefes del pueblo desterraban a muchos ciudadanos de los más notables para embargarles sus bienes, hasta que los desterrados fueron tantos que pudieron volver a la ciudad, presentar batalla al pueblo y vencerlo, con lo que levantaron las confiscaciones y establecieron una oligarquía. Otro tanto pasó en Cumas¹, donde Trasímaco abolió la democracia. Prestando atención, se ve que en casi todos los Estados se han producido los cambios por causas parecidas. Y es que los jefes, para adular al pueblo, persiguen a los ciudadanos de valía y calumnian a los ricos para acabar por confiscarles los bienes.

4. — Pero en los antiguos tiempos, cuando el mismo individuo era demagogo y jefe militar, sus revoluciones llevaban a la tiranía; en efecto, la mayor parte de los antiguos tiranos fueron caudillos populares. Ya no sucede lo mismo, porque en aquella época salían los demagogos de los que tenían autoridad militar, en tanto que ahora, por los progresos que ha hecho el arte de la palabra, los más terribles demagogos son los oradores hábiles. Nada arrastra

1. Se desconocen los sucesos de que habla aquí Aristóteles. Ni siquiera se sabe a qué Cumas se refiere, pues de este nombre hubo más de una ciudad.

a la multitudes como la elocuencia, y los que son capaces de perorar en público se hacen fácilmente populares; pero sin experiencia en las cosas de guerra, o no conspiran nunca o no acometen empresas de importancia.

5. — Había en otros tiempos más tiranías que ahora, porque se confiaban las magistraturas a unos pocos ciudadanos, como la pritanía¹ en Mileto, donde el pritano disponía del mayor poder. Por otra parte, como las ciudades no eran grandes y como el pueblo dedicado al cultivo de las tierras vivía en el campo, los jefes del pueblo cuando eran guerreros aspiraban a la tiranía. Casi siempre lograban sus propósitos por la confianza que les otorgaba el pueblo, confianza motivada por el odio que sentía contra los ricos; los hombres sometidos a las rudas faenas de la labranza odiaban profundamente a los que vivían en la comodidad. Así en Atenas estuvo Pisistrato en hostilidad abierta con los campesinos²; así en Megara degolló Teagenes³ los rebaños de los ricos por haberlos encontrado paciendo en la ribera; y Dionisio, acusando a Dafneo⁴ y a los ciudadanos opulentos de Siracusa, llegó a la tiranía con el apoyo del pueblo que lo creía de su partido.

1. La Pritanía era la magistratura más importante entre los Griegos antiguos. Compara Plutarco (*Precept. polit.*, pág. 1113) las funciones del pritano entre los Rodios a las del teotarca entre los Tebanos y a las del estratega entre los Atenienses.

2. Los campesinos del Ática se dividían en tres clases: la costa, el llano y la montaña.

3. Aristóteles en su *Retórica* (lib. I, cap. II) menciona a este usurpador. — Cilon el Ateniense, que fué condenado a muerte y ejecutado por haber querido apoderarse de la tiranía, era yerno de Teagenes.

4. General del ejército de Siracusa; Dionisio le hizo asesinar el año 496 antes de J. C. (Véase Diodoro de Sicilia, lib. XIII, cap. xci.)

6. — Pero la democracia, cuando se halla establecida desde mucho tiempo, se altera poco a poco hasta adquirir la forma que ha tenido en estos últimos años, pues dondequiera que las magistraturas son electivas sin exigir condición alguna de renta personal, y cuando el pueblo elige libremente, los que ambicionan los honores halagan a la multitud llevando las cosas hasta el punto de hacerla dueña de las leyes. El medio de remediar este grave inconveniente, o a lo menos de hacerlo menos grave, es nombrar los magistrados por tribus y no por todo el pueblo.

Tales son las causas principales de los cambios a que las democracias están siempre expuestas.

CAPÍTULO V

1. — Dos causas principalísimas dan lugar a las revoluciones en los gobiernos oligárquicos; primera : cuando los gobernantes oprimen al pueblo, porque entonces acepta al primer defensor que le promete ayuda; segunda (y ésta es la más frecuente) : cuando el libertador presunto sale de las filas oligárquicas, tal como en Naxos, donde el pueblo se echó en brazos de Ligdamis¹, que acabó por convertirse en tirano de aquel pueblo.

2. — Otras disensiones pueden tener causas diversas. Ya es una revolución hecha por los ricos mismos, descontentos por no tener parte en las

1. Ateneo relata la insurrección de Ligdamis en el lib. VII, pág. 348. — Naxos es una de las islas Cíclades.

magistraturas, ya una rivalidad en asuntos privados y por la pasión llevada a los negocios públicos. Sucede lo primero cuando todos los poderes se concentran en manos de muy pocos hombres, como en Marsella¹, en Istros², en Heráclea³ y en otras ciudades. Los que no tenían parte en el poder excitaban al desorden hasta conseguir los puestos deseados, primero los hijos primogénitos, después los otros hermanos, pues hay países en que la autoridad no puede ser ejercida al mismo tiempo por el padre y por el hijo ni por dos hermanos a la vez. En esos países, la oligarquía toma una forma que la acerca bastante a la República; pero en Istros acaba por cambiarse en democracia; y en Heráclea, donde el número de individuos del gobierno era antes menos considerable, se elevó a seiscientos.

3. — En Cnide⁴, la oligarquía fué derribada a consecuencia de una discusión entre ciudadanos ricos, porque muchos de ellos no gozaban de los cargos públicos. El pueblo tomó parte en favor de los personajes excluidos, eligió caudillo a alguno de ellos, atacó al gobierno y obtuvo la victoria, porque es más débil la parte que se divide.

4. — En Eritrea⁵, durante la oligarquía de los

1. En tiempo de Estrabón, el gobierno de Marsella era todavía oligárquico (lib. IV, pág. 171).

2. Ciudad de Istria, al este del Adriático.

3. Se trata de la Heráclea del Ponto.

4. Cnide, ciudad de Caria, en la Dórida, sobre la costa meridional del Asia Menor, era una colonia de Esparta.

5. Ciudad jónica; era colonia de Atenas. Según Sepúlveda, el más conocido comentador de Aristóteles, fué fundada por Androclus, ateniense, quien reinó allí y en Éfeso y en otras villas de Asia también fundadas por él. Los descendientes de los primeros colonos se llamaron Basílicas. Androclus, dice también Sepúlveda, era hijo de Codrus, rey de Atenas.

Basílicas y no obstante la prudencia con que gobernaban, el pueblo, indignado al verse gobernado por una pequeña minoría, sacudió su yugo y cambió la forma de gobierno. En general, las revoluciones de las oligarquías son hechas por los mismos oligarcas, a veces ayudados por demagogos ambiciosos que buscan el aura popular. Hay dos clases de demagogia, aun en los gobiernos oligárquicos, pues de los oligarcas salen también demagogos, aunque no muchos. Así en Atenas, de los treinta tiranos salió Caricles¹, que se impuso a los otros adulándolos; y entre los cuatrocientos hubo uno, Frínicus², que dominó de la propia manera a los demás.

5. — O bien los que pertenecen a la oligarquía alisonjean a la multitud para hacerse dueños de ella, como en Lariza³, o los que se llaman defensores de los intereses buscan el favor del pueblo porque éste los nombraba. Estas cosas ocurren en todas las oligarquías en que los magistrados no son de la clase que los nombra, pues los electores no son elegibles, debiendo recaer todas las magistraturas en hombres que posean una fortuna grande o formen parte de ciertas asociaciones, aunque el derecho de elegir lo tengan los soldados o la plebe. Por último, también sucede, cuando los que componen los tribunales no forman parte del gobierno, pues en este caso buscan la popularidad por la manera de hacer justicia llegando a cambiar la constitución como se ha visto en Heráclea, ciudad del Ponto.

6. — Cuando algunos ciudadanos quieren con-

1. Véase Jenofonte, *Helénicas*, lib. II, cap. III.

2. Véase Tucídides, lib. VIII, cap. LXVII.

3. Ciudad de Tesalia.

centrar en pocas manos el poder de la oligarquía, también el Estado se perturba, porque los partidarios de la igualdad se ven forzosamente obligados a recurrir al pueblo. Otra causa de revolución es que los jefes oligárquicos disipen su riqueza en vanas profusiones, porque esto los lleva a desear un cambio; unas veces propenden a la tiranía para ellos mismos y otras veces la preparan en provecho de otro, como hizo Hipárino¹ en Siracusa, respecto a Dionisio. En Anfípolis hubo un tal Cleótimo que introdujo colonos procedentes de Calcis², y tan pronto como llegaron los sublevó contra los ricos. Y en Egina sucedió una cosa semejante.

7. — A veces los oligarcas arruinados por sus disipaciones tratan ellos mismos de provocar disturbios. Otras veces buscan el desquite robando el tesoro público, lo que introduce entre ellos la discordia, o provoca un alzamiento de los ciudadanos indignados de tanta picardía, como en Apolonia (Ponto). Una oligarquía puede conservarse, resistiendo a los cambios que se intenten, cuando reina verdadera unión entre los ciudadanos; atestígualo bien el gobierno de Farsalia³; aunque los jefes son

1. Este Hipárino era hermano de Aristómaca, mujer de Dionisio y mandó el ejército de Siracusa.

2. Los Calcidios fueron recibidos como iguales, y en seguida expulsaron por la fuerza a la mayoría de sus conciudadanos que les habían otorgado el derecho de ciudadanía sin considerarlos extranjeros.

3. Este elogio que hace Aristóteles del gobierno de Farsalia, está confirmado por Jenofonte en sus *Helénicas* (lib. VI, cap. 1), donde dice que, entre las ciudades de Tesalia, fué Farsalia la única que escapó a la dominación del tirano de Feres (Jasón). El mismo autor refiere el noble desinterés de que entonces dió muestra un ciudadano, de nombre Polidamas, salvando el tesoro público.

pocos, mantienen su autoridad sobre el pueblo porque gobiernan con singular cordura.

8. — La oligarquía suele ser destruída cuando en su seno se forma otra oligarquía, es decir, cuando por ser pequeño el número de magistrados no pueden todos aspirar a las magistraturas. Es lo que se vió en Elis, en otro tiempo : siendo allí gobernada la República por muy pocos ciudadanos, todo dependía de unos cuantos senadores, porque los noventa miembros del Senado eran vitalicios y la elección se hacía de una manera arbitraria como la de los gerontes en Lacedemonia¹.

9. — Puede haber revoluciones en las oligarquías, lo mismo en tiempo de guerra que en tiempo de paz : durante la guerra, porque la desconfianza que a los oligarcas les inspira el pueblo hace que recurran a tropas mercenarias, y el jefe que la manda puede apoderarse del gobierno y establecer la tiranía, como hizo Timófanés² en Corinto; y en tiempo de paz, porque los oligarcas, además de desconfiar del

1. No se sabe casi nada de esta república de Elis, aunque Tucídides hace mención de ella (lib. V, cap. XLVII). Plutarco, en sus *Preceptos políticos*, parece referirse al modo de elección que Aristóteles juzga arbitrario e informal, pues se hacía por aclamación y tumultuariamente.

2. Era hermano del célebre Timoléon, libertador de Siracusa. Nombrado general de los soldados extranjeros a sueldo de Corinto, sedujo a estos mercenarios y proclamó su propia tiranía. Su hermano al saberlo se indignó, trató de que él mismo devolviera su libertad al pueblo y no fué escuchado. Entonces Timoléon se presentó con dos amigos en casa de Timógenes, repitió sus consejos y sus ruegos y volvió a ser desoído. A una señal suya, los dos amigos mataron a Timógenes. El pueblo de Corinto aplaudió la muerte del tirano; pero su hermano, lleno de dolor, se retiró de la vida pública. No salió de su retiro hasta veinte años después, para derribar la tiranía de Dionisio en Siracusa. (Véase Plutarco, *Vida de Timoléon*, y los *Viajes del joven Anacarsis*, cap. XI, pág. 109.)

pueblo también desconfían unos de otros, lo que le obliga a entregar la defensa del Estado a soldados extranjeros con un jefe que no sea de ningún partido, quien acaba a menudo por ser árbitro de las dos facciones opuestas. Es lo que pasó en Larisa con el caudillo Samus, de la familia de Alenas¹.

10. — Sobrevienen las revoluciones a consecuencia de las disputas de los oligarcas y de las violencias empleadas por unos contra otros por los casamientos y por los litigios. De lo primero, ya hemos citado ejemplos²; ahora podemos añadir el de la República de Eretria, donde el poder oligárquico de la caballería fué destruído por Diagoras, a quien un caballero había ofendido con motivo de su casamiento. Una sedición hubo también en Heráclea con ocasión de un juicio del tribunal, y en Tebas otra motivada por un adulterio; el castigo era justo en ambos casos, pero la sentencia había sido dictada por espíritu de partido, en Heráclea contra Eveción³; en Tebas contra Arquías⁴. En efecto, sus enemigos se ensañaron, amarrándolos a un poste en el centro de la plaza pública.

11. — Muchas oligarquías se han perdido por exceso de despotismo, y otras han sido deshechas por los mismos oligarcas; sirvan de ejemplo Cnide y Chios⁵.

1. Alenas, descendiente de Hércules, fué tirano de Larisa hasta que lo desposeyó Filipo, el padre de Alejandro.

2. Véase lib. V, cap. III, § 3, y cap. IV, § 2.

3. Personaje desconocido.

4. Arquías mandaba en Tebas por los Espartanos. Recibió en un festín la carta en que le daban aviso de una conjura de Pelópidas, y dejó su lectura para el día siguiente. Los conjurados lo degollaron aquella misma noche, 278 años antes de J. C.

5. Chios sostuvo algunas guerras con los Lacedemonios, los Atenienses y los Persas.

Algunas veces las revoluciones, en las aligarquías y en las Repúblicas, son efecto de circunstancias imprevistas, cuando se necesita determinado censo para alcanzar las altas magistraturas y por consecuencia de una larga paz se eleva la fortuna de los particulares, de manera que todos los ciudadanos pueden ser jueces o senadores. El cambio entonces, o es gradual y se opera insensiblemente, o es mucho más rápido.

12. — Tales son las causas de disensiones y revoluciones en las oligarquías. Agregaré que, en general, las democracias y las oligarquías no siempre cambian de un modo radical pasando de una forma de gobierno a la forma opuesta, sino que se modifican transformándose en especies del mismo género.

CAPÍTULO VI

1. — En los gobiernos aristocráticos, las revoluciones vienen de que los honores se reparten entre muy pocas personas, lo cual, repito, es causa de perturbación en las oligarquías; y siendo la aristocracia una especie de oligarquía, la misma causa produce igual efecto. En una y otra forma de gobierno, el poder está en manos de una minoría; y es natural que así sea, que gobiernen pocos ciudadanos, cuando son muchos los que pueden tener iguales pretensiones respecto a la virtud, como en Lacedemonia sucedía con los Partenienses¹, iguales por su cuna

1. Eran hijos de las mujeres de Esparta y de los mozos que fueron obligados a quedarse allí, durante una guerra, para impedir que el Estado pereciera por falta de ciudadanos. Estos Partenienses, menos-

a los otros ciudadanos, pero que, sorprendidos en una conspiración, fueron enviados a Tarento para fundar una colonia.

2. — Sucede lo mismo cuando ciudadanos de tanto mérito como los mejores se ven ultrajados por los que gobiernan, como le pasó a Lisandro¹, que fué ofendido por los reyes de Lacedemonia; y cuando un hombre valeroso es excluído de los honores, como Cinadonte, que en su natural despecho urdió una trama contra los Espartanos²; y también cuando unos gozan de excesiva opulencia y otros viven miserables, como en los tiempos de guerra se vió algunas veces en Lacedemonia. Lo que decimos, está probado por el poema de Tirteo³ que se titula *Eunomia*. Por último, igual ocurre cuando un ciudadano llega a hacerse demasiado poderoso y puede serlo más, hasta el extremo de hacerse dueño y señor absoluto, que es el caso del Lacedemonio

preciados por sus compatriotas, se unieron a los Ilotas para conspirar; descubiertos, se les echó de Esparta. Conducidos por Falante, se establecieron en la costa de Italia y fundaron la ciudad de Tarento 707 años antes de Cristo.

1. Agesilao debía el trono a Lisandro, pues éste fué quien hizo que se le prefiriera al heredero legítimo, de quien se decía que era hijo adulterino de su madre, seducida por Alcíblades. Pero Agesilao, más que agradecido, estaba envidioso de la gloria de Lisandro y quiso humillarlo: durante la guerra, no le dió mando de tropas combatientes, sino la administración de los víveres. Plutarco y Cornelio Nepote escribieron la vida de Lisandro.

2. Hecho referido por Jenofonte en las *Helénicas*, lib. III, cap. III.

3. Poeta ateniense del siglo octavo a. de J. C. — Durante la segunda guerra de Mesenia, los Lacedemonios por orden del oráculo habían pedido auxilio a los Atenienses, y éstos les enviaron como por burla un hombre como Tirteo, que era poeta y cojo y tuerto. Pero el poeta supo con sus cantos bélicos enardecer a los Espartanos hasta el punto de que al fin alcanzaron la victoria. En recompensa, nombraron a Tirteo ciudadano de Esparta; sus poesías eran leídas al ejército, reunido para escucharlas. Se conservan tres fragmentos de sus poesías; del poema *Eunomia* no queda absolutamente nada.

Pausanias, jefe del ejército en la guerra médica, y el de Hanón en Cartago¹.

3. — Lo más disolvente, sobre todo en las Repúblicas y las aristocracias, es la violación del derecho político tal como la constitución lo reconoce, esto es, cuando en la República no están bien combinadas la democracia y la oligarquía y cuando en la aristocracia no se combinan ambos elementos con el mérito. Precisamente a combinarlos en justa proporción van las Repúblicas y la mayoría de los gobiernos aristocráticos.

4. — La fusión de los tres elementos es lo que constituye la diferencia entre las aristocracias y las Repúblicas propiamente dichas, según las proporciones, pues de éstas depende que las unas sean más duraderas que las otras. Se llama aristocracia al gobierno que tiene tendencia a la oligarquía, y República al que se inclina más bien a la democracia. Las Repúblicas son más estables, porque en más gente hay más fuerza, y porque se ajustan más a la igualdad; pero los que gozan de una gran opulencia, si la constitución les concede la superioridad política se tornan insolentes y ávidos.

5. — En general, sea cualquiera la tendencia del gobierno, he aquí los cambios que determina por efecto de los intereses particulares en lucha: la República degenera en democracia; la aristocracia truécase en oligarquía. O bien cambian en sentido opuesto, por ejemplo, convirtiéndose la aristocracia en democracia y la República en oligarquía; la aris-

1. La historia de Pausanias es bien conocida: véase su vida en Cornelio Nepote. — Para la de Hanón, véase Plutarco, *Preceptos políticos*, pág. 14.

tocracia puede hacerse democracia, porque la mas pobre, víctima de la injusticia, arrastre al Estado con su influjo en el sentido de su conveniencia. No hay nada duradero como no se funde en una igualdad proporcional, conservando cada uno el goce de lo que le pertenece.

6. — El cambio de que hablamos se observó en Turium; el censo elevado que se exigía para entrar en la carrera de los honores fué rebajado, y se multiplicaron las magistraturas. Como los ciudadanos principales habían acaparado todos los bienes raíces, en contra de las miras y los fines de la ley, porque así lo permitió el carácter demasiado oligárquico de aquel gobierno, el pueblo, aguerrido en los combates, se hizo más fuerte que los soldados del gobierno y así obligó a los que poseían demasiado a abandonar los terrenos que tenían de sobra.

7. — Además, como todos los gobiernos aristocráticos son al mismo tiempo oligárquicos, los principales ciudadanos adquieren en ellos más fácilmente una fortuna excesiva. En Lacedemonia, las propiedades caen en pocas manos y los ricos pueden hacer cuanto les place y casarse con quien les parece. El matrimonio de Dionisio fué la ruina de la República de los Locrios, lo que ciertamente no hubiera sucedido en una democracia ni en una aristocracia templada sabiamente¹. En las aristocracias parti-

1. Diodoro de Sicilia, en el libro XIV, cap. XLVI, cuenta el doble matrimonio contraído el mismo día por Dionisio el Viejo con Doris y con Aristomarca, la primera de una poderosa familia de Locria, la segunda Siracusana, hermana de Dion. Pero no se sabe cuál de los dos casamientos fué causa de la ruina del Estado. Lo que se ve en Estrabón (lib. VI) y en Ateneo (lib. XII), es que Dionisio el Mozo ejerció entre los Locrios una insoportable tiranía, de la que ellos al fin se vengaron cruelmente.

cularmente, las alteraciones sucesivas e insensibles van quebrantando poco a poco la estabilidad hasta que destruyen todo el edificio.

8. — Es lo que sucedió en la República de Turium¹ citada más arriba. Existía una ley que prohibía ejercer funciones de general por más de cinco años. Algunos jóvenes hábiles en el arte de la guerra que, teniendo mucho partido entre los soldados, miraban con desprecio a los hombres de gobierno, concibieron el propósito de abolir aquella ley para conservar perpetuamente el mando. Imaginaban que lograrían su designio fácilmente, pues además de las tropas que los favorecían contaban en el pueblo con no pocos partidarios. Los magistrados, que al principio querían oponerse a la modificación, acabaron por ceder imaginando que los militares se conformarían con la modificación de la ley que les interesaba. Pero obtenida una cosa, propusieron otras modificaciones, y los magistrados fueron ya impotentes para resistir. La República, pues, se transformó en un gobierno arbitrario y quedó el poder en manos de los que habían impuesto las innovaciones.

9. — Por lo demás, todas las Repúblicas pueden ser derribadas, ya por causas interiores, ya por causas exteriores, si hay en las cercanías, y aunque sea lejos, un gobierno contrario que sea fuerte. Así los Atenienses abolieron en todas partes la oligarquía, y los Lacedemonios hicieron lo mismo con la democracia. Tales son los cambios y sediciones que acaban con los gobiernos.

1. Ciudad griega de Lucania, edificada 444 años antes de Cristo por una colonia de Atenienses, no lejos de las ruinas de Síbaris.

CAPÍTULO VII

1. — Al presente nos conviene hablar de los medios de defensa, tanto generales como particulares, de cada una de las formas de gobierno. Es claro que, si conocemos las causas de su ruina, también debemos conocer las de su conservación. Efectos contrarios deben ser producidos por causas contrarias, y la ruina es lo contrario de la conservación. En las Repúblicas equilibradas, por consiguiente, lo que importa más es cumplir la ley sin que se consienta ni la menor infracción, para que no padezca menoscabo.

2. — La desigualdad se introduce a veces sin que se note, como los gastos menudos repetidos con frecuencia van sin que se advierta mermando las fortunas. Esos gastos parecen insignificantes porque no se hacen todos de una vez, y cada uno se forja la ilusión que expresa el conocido sofisma : si cada vez gasto poco, el total gasto es igualmente poco. Puede ser cierto algunas veces, pero no siempre, pues el todo puede no ser pequeño aunque lo sean las partes. Es necesario, pues, vivir en guardia contra los comienzos y desconfiar de los sofismas; éstos, bien presentados, engañan al vulgo, pero no tardan mucho en ser desmentidos por los hechos. En otra parte hemos hablado de los sofismas de los gobiernos¹.

3. — Importa considerar que hay, no solamente aristocracias, sino también democracias que se conservan, no por su principio mismo de estabilidad,

1 Lib. IV, cap. x, § 6.

sino por el buen empleo que dan los magistrados a los recursos de la República, así dentro como fuera. Ellos se cuidan de no cometer injusticias con los que no forman parte del poder, llamando a las magistraturas a los que se distinguen por su talento y no privando de toda participación en los honores a los ambiciosos ni de todos los provechos a la multitud; ponen, en fin, una especie de afabilidad y de llabeza en las relaciones con todos los ciudadanos, en lo cual hacen muy bien, pues la igualdad en el trato que los partidarios del régimen popular exigen en favor de la muchedumbre, no solamente es justa sino conveniente y útil aun entre los iguales.

4. — Si los miembros de la oligarquía son numerosos, es bueno que algunas de las instituciones que la rigen sean populares, como limitar a seis meses el ejercicio de las magistraturas para que todos los oligarcas iguales entre sí puedan llegar a ellas. Desde el momento que son iguales, forman por decirlo así un solo pueblo; y de los descontentos surgen muchas veces demagogos entre ellos mismos, como dicho queda¹. Por otra parte, la oligarquía y la aristocracia están menos sujetas a caer en la arbitrariedad, pues una autoridad que se ejerce poco tiempo no se presta fácilmente a las intrigas que son comunes en las de excesiva duración. Pero en oligarquías y aristocracias brotan los tiranos, pues siempre son los ciudadanos más elevados los que aspiran a la tiranía: aquí los altos magistrados o los hombres más pudientes; allí los demagogos.

5. — Los Estados se mantienen algunas veces,

1. Véase el cap. VI de este mismo libro.

no sólo porque las causas que los derribarían se encuentran muy lejanas, sino también porque se hallan demasiado próximas. Cuando el peligro es inminente, se redoblan el cuidado y la vigilancia. Los magistrados, sin embargo, deben ocuparse en todas ocasiones de los asuntos públicos y de la seguridad del Estado, alarmando a veces a los ciudadanos para que estén alerta, como se hace con los centinelas nocturnos para que guarden bien el puesto que les haya sido confiado. Y aunque el peligro esté distante, los magistrados celosos han de proceder cual si estuviera cercano. Debe también evitarse por todos los medios de que el poder dispone y estén permitidos por la ley, cualquier rivalidad o disensión que pueda acarrear querellas y tumultos. Hay que atajar en su origen las disentimientos peligrosos; pero descubrir el mal desde que nace o preverlo con anticipación, no son cosas que estén al alcance de cualquiera; eso es privilegio del hombre político.

6. — En lo referente al cambio producido en la oligarquía y en la República por la cuota que se pague, cuando sin variar el censo haya aumentado la riqueza, lo mejor es comparar el estado de las fortunas en cada año respecto al anterior, o cada tres, o cada cinco años, según los plazos que la ley prescriba para el empadronamiento. Y según las alteraciones que se observen en la fortuna pública y en las particulares, aumentar o reducir la cuota por medio de una ley, en justa proporción.

7. — En las oligarquías y en las Repúblicas donde esto no se haga, se verá muy pronto que la República se cambia en oligarquía y la oligarquía en gobierno arbitrario. Es regla general, en la demo-